

Introducción

Eduardo González Calleja
Instituto de Historia del CSIC (Madrid)

«Ni tan jóvenes ni tan bárbaros», «Perros de paja», «Más ruido que nueces», «Los malos de la película»... De los títulos de buena parte de los artículos que componen el presente *dossier* parece desprenderse una visión escasamente positiva de la implicación juvenil en la política española durante el último siglo y medio. En realidad, desde los tiempos más remotos, la juventud ha sido una fuente inagotable de problemas políticos en todos los países. La peculiar posición que los sectores de menor edad ocupan en la pirámide social, los cambios radicales que experimentan en sus años formativos, su carácter inquieto y su voluntad de cuestionamiento de los valores tradicionales han generado ahora y siempre un largo cortejo de tensiones respecto del poder controlado por las generaciones precedentes.

La aparición de un activismo juvenil específico data en muchos países europeos de los últimos treinta años del siglo XVIII, cuando el incremento del contingente de población juvenil y del desempleo contribuyó al malestar revolucionario en la ciudad y en el campo, lo que determinó el protagonismo de este grupo de edad en las guerras revolucionarias y napoleónicas¹. En la contemporaneidad más lejana o cercana hubo y habría generaciones bien caracterizadas, como la «joven-europea» surgida en torno a 1830-1840² o la forjada en

¹ MOLLER, H.: «Youth as a Force in the Modern World», *Comparative Studies in Society and History*, 10 (1968), Mich., Ann Arbor, p. 240.

² El movimiento de la «Joven Europa», creado por Giuseppe Mazzini en 1834, estaba dividido en secciones nacionales y tenía como objetivo principal la lucha

los mitos y valores de la «revolución cultural» de los años sesenta del siglo xx, que optaron parcialmente por la defensa activa —incluso armada— de sus ideales políticos. De la segunda mitad del xix arranca el interés de los adultos por encuadrar a los jóvenes en estructuras más o menos organizadas para impedir que su comportamiento resultase incontrolable. Así nacieron las sociedades para trabajadores (como la Federación de Jóvenes Guardias Socialistas de Bélgica en 1889); las campañas de proselitismo religioso entre la juventud campesina, obrera o estudiantil (como la juventud sionista, la YMCA creada en Londres en 1844 o el asociacionismo católico en Holanda, Alemania e Italia a partir de 1860); las entidades deportivas, culturales y recreativas (como los *sokols* centroeuropeos o el movimiento *scout* británico creado en 1909), o los movimientos diseñados en torno a proyectos pedagógicos de signo confesional o laico. En esa misma época se pudo percibir en las aulas el declive de la tradición goliárdica, de origen medieval, y la paulatina entrada de los jóvenes escolares en el compromiso político contemporáneo. Ya desde inicios de la centuria habían aparecido asociaciones estudiantiles a mitad de camino entre lo deportivo y lo político, como las *Burschenschaften* alemanas. Luego, el modelo asociativo estudiantil se extendió a otras capas juveniles de clase media, como los *Wandervögel* (1896-1919), un movimiento contracultural idealista y romántico que hacia 1911 acentuó su *ethos* nacionalista con la aparición del *Jungdeutschlandbund*.

La movilización juvenil contemporánea también está vinculada a movimientos de mayor calado político, en relación estrecha con la aparición de los jóvenes como segmento social bien caracterizado a fines del siglo xix, al hilo de la reducción del porcentaje de población de menor edad en las pirámides de población de los países industrializados y de la configuración inicial de un mercado juvenil, al que no era ajena la aspiración al «consumo» de «productos» políticos. Entre las instituciones que posibilitaron la aparición de la juventud como grupo social diferenciado figuraban un modelo nuevo de familia, transformada en ámbito de afectividad y de aprendizaje; la escuela como instrumento normalizado de iniciación social; el ejército como

por la liberación de las nacionalidades oprimidas. Véase ALTBACH, E. H.: «Vanguard of Revolt: Students and Politics in Central Europe, 1815-1848», en LIPSET, S. M., y ALTBACH, P. G. (eds.): *Students in Revolt*, Boston, Houghton Mifflin, 1969, pp. 451-464.

rito de paso, y el mundo laboral como frontera social y económica hacia la edad adulta.

A fines del siglo XIX comenzó a hacerse patente un fenómeno nuevo: la aparición y el desarrollo de movimientos juveniles organizados de forma autónoma (buena parte de ellos de carácter nacionalista revolucionario hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial), que apostaban decididamente por un cambio sociopolítico radical. Una realidad que se hizo francamente perceptible en las primeras décadas del siglo XX, y que trastocó los modos de protesta colectiva durante el resto de la centuria³. La juventud comenzó a vincularse estrechamente a las ideologías políticas. En la mayor parte de Europa, este salto cualitativo en la participación pública de la juventud se hizo de la mano de los movimientos políticos y sociales existentes, que asumieron el control de sus manifestaciones más extremas. En ocasiones, la conciencia generacional trató de ser fijada en estructuras orgánicas como las juventudes de partido. En Alemania, las formas típicas del movimiento político juvenil aparecieron en torno al fin de siglo como parte de un más amplio y heterogéneo deseo reformista de las capas burguesas y obreras (la primera formación juvenil del SPD data de 1890, y la primera conferencia internacional de organizaciones de juventud socialista tuvo lugar en Stuttgart en 1907), pero, como puede comprobarse con la aparición del *Jungdeutschlandbund* y del *Alt Wandervögel*, también de reactivación del impulso nacionalista. En los países latinos, la aparición de una derecha radical con acusados rasgos antiliberales, antiparlamentarios, ultranacionalistas y militaristas vino de la mano de la adopción de una mentalidad «vigilante» que atacaba a la democracia parlamentaria como principal responsable de la pretendida decadencia nacional. En Francia, el período más favorable para la aparición de movimientos juveniles de este cariz fueron las últimas dos décadas del XIX, donde, en el contexto de la dificultosa consolidación de la Tercera República con el estallido de los *affaires*, la masificación estudiantil estimuló la lucha ideológica en la universidad. Ello propició la aparición de movimientos de corte legitimista (*Jeunesses Royalistes*, *Camelots du Roi* y *Étudiants de l'Action Française*), ultranacionalista (*Jeunesses Patriotes*) o anti-

³ COMMISSION INTERNATIONALE D'HISTOIRE DES MOUVEMENTS SOCIAUX ET DES STRUCTURES SOCIALES: *La jeunesse et ses mouvements. Influence sur l'évolution des sociétés au XIX^e et XX^e siècles*, París, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1992, p. 3.

semita (*Ligue Démocratique des Écoles y Jeunesse Antisémite*). En Italia se vinculó al surgimiento de una juventud universitaria inclinada al irracionalismo, que en la década de los diez nutrió las filas de la *Associazione Nazionale Italiana*, y que en la posguerra formó agrupaciones como la *Avanguardia Studentesca*, grupo de índole nacional-revolucionaria cuyos asociados ingresaron masivamente en el fascismo desde el verano de 1920.

Fritz Stern destacó que, a pesar de la masiva participación de la juventud en las revoluciones de 1830 y 1848, «pocos de los reformadores o movimientos políticos del siglo XIX destacaron a los jóvenes como agentes de reforma y de progreso. La Gran Guerra abrió el camino a un sentido de vivir en joven en el arte (vanguardias), la política (radicalismos), etc. Ello, unido a la política de masas y a la extensión del sufragio, abrió la política a la juventud. Después de la contienda, los movimientos fascistas de todo tipo dirigieron su llamada a la juventud y sus enemigos —a menudo como defensa— tuvieron que hacer lo mismo»⁴. En efecto, en el período de entreguerras las añejas organizaciones juveniles, impulsadas, patrocinadas y, en ocasiones, fiscalizadas por los adultos, se vieron sumidas en una profunda crisis. Las experiencias de los jóvenes en las trincheras y en la retaguardia, y las penurias materiales y morales que acompañaron al trauma bélico y posbélico (desintegración familiar por la muerte de los progenitores, ruptura de la comunidad tradicional o desquiciamiento educativo), suprimieron en gran medida los ritos de paso y las costumbres asociadas a la fase juvenil en todos los sectores sociales. La otra cara de la moneda fue la experiencia de liberación de la tutela patriarcal y de maduración social que supuso la adopción temprana del compromiso militar y político. Por vez primera, el joven se sintió protagonista del devenir colectivo y fue tratado como persona madura, pues de él dependía la suerte de la guerra y luego el futuro político del país⁵. De este modo se inició un proceso de creciente protagonismo juvenil, favorecido por la consolidación de la política de masas de posguerra y la aparición de los vanguardismos fascista o bolchevique, que mantuvieron siempre un aura juvenil celosa por marcar las distancias con la «vieja política»

⁴ STERN, F.: *The Politics of Cultural Despair*, Garden City (NY), Doubleday, 1965, p. 169.

⁵ FEIXA, C.: *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*, 2.^a ed., Barcelona, Ariel, 1999, p. 40.

liberal-parlamentaria. Toda formación política debía movilizar las masas para el combate ideológico, y los grandes partidos comenzaron a organizar secciones juveniles pretendidamente autónomas. Pero en el contexto de crisis del parlamentarismo liberal, la proliferación de actitudes autoritarias, unida a la proclividad unitarista de la juventud, condujeron a la paulatina emancipación y radicalización de las formaciones juveniles, ya que muchas de ellas se vincularon al sector más extremista, activista y violento de la organización matriz, con la coartada del vanguardismo revolucionario y de la crítica al reformismo, e impulsaron la creación de instrumentos propios de acción política, entre los cuales figuraron las formaciones paramilitares y los partidos-milicia.

Pero la politización de la juventud y el rejuvenecimiento de la política no sólo transformaron de forma radical la estructura y actividad de los partidos, que tuvieron que hacer frente a esas nuevas demandas de militancia, sino que también sirvieron para ampliar la intervención estatal en los asuntos juveniles, pasando de las preocupaciones tradicionales (educación, conscripción o represión de la marginalidad) al fomento de otras actividades (religiosas, benéficas, lúdicas...) propias de un Estado intervencionista. En la primera mitad del siglo XX se produjo el descubrimiento, el reconocimiento social y la democratización de la adolescencia como fenómeno propio de sociedades desarrolladas: los jóvenes fueron «expulsados» dulcemente del mercado laboral y aparecieron las primeras asociaciones juveniles modernas dedicadas exclusivamente al tiempo libre. Pero también surgió una legislación social *ad hoc* que, con el argumento de proteger a la juventud, recortó su independencia a través de tribunales tutelares, servicios de ocupación y bienestar, escuelas, etc. Un proceso de control paternalista que se agudizaría en los regímenes autoritarios y alcanzaría su máxima expresión en los totalitarismos de uno y otro signo, que impulsaron la burocratización de los servicios juveniles (Opera Nazionale Balilla, Hitlerjugend, Frente de Juventudes, Chantiers de Jeunesse, Komsomol...). Si la politización de la juventud había sido contemplada como una amenaza o una esperanza durante el período de entreguerras, las «políticas de juventud» han sido desde la segunda posguerra mundial una preocupación insoslayable de todo tipo de régimen político, que han incorporado y ampliado esta tendencia a la supervisión de las actividades juveniles con la oferta de servicios sociales propios del Estado del bienestar⁶.

⁶ UCÉLAY-DA CAL, E.: «¿Que és la joventut?», en UCÉLAY, E. (dir.): *La Joventut*

A pesar de que la proporción de jóvenes comenzó a descender en las naciones más desarrolladas a inicios del siglo xx, el crecimiento exponencial de la población en el tercer mundo es el trasfondo de numerosas revueltas desde la Segunda Guerra Mundial, muchas de ellas con marcada impronta juvenil. Junto con la aceleración político-tecnológica en el ritmo de cambio de la sociedad industrial, los jóvenes de todos los países comenzaron a compartir una serie de experiencias políticas y culturales con una intensidad que ninguno de sus mayores había experimentado. Se inició así la globalización de la movilización juvenil en ruptura abierta con sus mayores. Una «rebelión de la juventud» vinculada a la música y a las nuevas modas, normas y valores enfrentados a la rigidez del mundo adulto. Esta globalización del inconformismo juvenil quedó de manifiesto a partir de la crisis múltiple de mayo del 68 y la expansión a escala planetaria de fenómenos contraculturales como el movimiento *hippy*⁷.

Como hemos advertido al principio, el balance que parecen arrojar las diferentes contribuciones al presente *dossier* resulta bastante crítico respecto del papel constructivo de la juventud en la vida pública española. La problemática caracterización sociohistórica de la juventud puede ayudar a explicar su discontinuidad como actor político. Como concluye Eduardo González Calleja en su repaso de los modos de contestación estudiantil entre 1865 y 1968, la característica fragmentación de la movilización juvenil (en este caso escolar) ha hecho que su capacidad de transformación política resulte muy relativa, y dependa en buena parte de la convergencia estratégica con los intereses de otros colectivos integrados en la comunidad académica y con los que nutren las acciones de protesta de otros movimientos sociales y políticos.

La pretendida tutela a la que los diferentes movimientos políticos han sometido a su militancia juvenil no está ayuna de claroscuros. Joan B. Culla y Clarà señala que el gran logro de las juventudes radicales fue la ruptura con los usos políticos tradicionales empleados por el republicanismo histórico y su capacidad para explorar nuevas

a *Catalunya al segle xx: materials per a una història*, vol. I, Barcelona, Diputació, 1987, p. 25.

⁷ NOTÓ, P.; RUIZ, E.; ÁLVAREZ, F.; ARTIGAS, J., y SAURINA, T.: «Adolescència, aspectes psicosocials», en el monográfico *Temes sobre adolescència y joventut, Estudi General. Revista del Col·legi Universitari de Girona*, 7 (1987), Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 8-9.

formas de activismo en consonancia con la política de masas que comenzaba a generalizarse en Europa en el tránsito del siglo XIX al XX. Pero la utilización instrumental de la retórica juvenil como base del proselitismo hacia los sectores populares perdió su razón de ser con el giro hacia la respetabilidad que Lerroux imprimió al republicanismo radical a partir de 1909. La contradicción entre los excesos verbales de las juventudes y el fundamental moderantismo de las bases del partido es un problema recurrente, que el lerrouxismo resolvió mal, con amenazas de disidencia izquierdista muy similares, por cierto, a las proferidas en esos mismos años por el grupo carlista de *La Trinchera*, autocalificado de «radical» y posteriormente de «jaimista, obrerista y democrático». La creación en 1912 de una estructura política (la Federación de Juventudes Radicales) capaz de contener y disciplinar esos ardores juveniles no pudo evitar su decadencia con el estallido de la Gran Guerra. En el caso de la JAP, estudiado por José M.^a Báez, las tensiones intergeneracionales se pudieron mitigar por la tolerancia interesada de la dirección cedista hacia el radicalismo verbal de sus juventudes y por el apoyo a una estrategia de movilización basada en las concentraciones masivas y la actuación eventual en la calle como «unión cívica» defensora del orden social. Aunque en el «japismo» la acción siempre tuvo primacía sobre la ideología, la contradicción existente entre discurso maximalista y estrategia política moderada acabó por resolverse con la huida en masa hacia Falange a partir de marzo de 1936.

Los otros tres trabajos que se centran en el período de entreguerras inciden en esta sensación de fracaso que marca la intervención juvenil en la política. Alejandro Quiroga destaca el carácter artificioso del apoyo juvenil al experimento dictatorial primorriverista, ya que no fue hasta 1929 cuando, a raíz de la rebelión de los estudiantes universitarios, la dictadura se planteó seriamente una movilización masiva de la juventud, bajo la estrecha supervisión de los jefes locales y provinciales de la Unión Patriótica. Este lastre paternalista y este retraso en la creación de secciones juveniles convirtieron la experiencia de las Juventudes de UP en un sonado fracaso, aunque su efímera vida sirvió de entrenamiento político a los jóvenes «upetistas» más radicales, que pasarían a ocupar puestos clave en los partidos de la derecha, desde la Unión Monárquica Nacional a Acción Popular, Renovación Española y Falange.

Sandra Souto Kustrín analiza las políticas educativas, laborales, militares y las relativas a los derechos civiles y políticos de los gobiernos

republicanos, y su relación con los programas y reivindicaciones específicamente juveniles propuestos, prácticamente por primera vez en su historia, por las organizaciones de jóvenes obreros, especialmente las Juventudes Socialistas. Se analiza también la participación de estas organizaciones en la conflictividad social y política hasta la primavera de 1936, las medidas tomadas por los diferentes gobiernos para frenar esta participación y la culminación de la movilización juvenil, que se produjo durante la guerra civil.

Enric Ucelay-Da Cal analiza la reputación negativa que mantienen hasta la actualidad las Juventudes de Esquerra Republicana-Estat Català (JEREC), en especial las acusaciones de fascismo, aunque su actitud antiespañolista y antiimperialista hacía imposible el entendimiento con los fascismos españoles que confluyeron en la Falange. Su contradictorio papel de juventud oficial de un «partido gubernamental», pero con un norte político situado en la insurrección armada según los moldes subversivos establecidos por el paramilitarismo de posguerra, sirve de pórtico para describir una trayectoria errática y aún hoy polémica, desde su constitución como poder alternativo a los dirigentes históricos de Estat Català más cercanos al presidente Macià, a sus complejas relaciones con Companys, que fueron desde la colaboración en la rebelión de octubre de 1934 a la implacable hostilidad durante el Frente Popular.

Dejando por una vez de lado la difícilmente soslayable referencia a la política juvenil del franquismo, la época más reciente aparece cubierta por el estudio que los sociólogos Javier Elzo y Félix Arrieta dedican a los movimientos juveniles vinculados al nacionalismo vasco radical. La diversidad de siglas (Harrai, Haika, Segi) no oculta la coincidencia de ámbitos de socialización (familia y cuadrillas de amigos), de modelos identitarios (un comunitarismo nacional y racial de tonos excluyentes y beligerantes contra los presuntos enemigos), de objetivos (apoyo a movilizaciones populares, consecución de centros de reunión y esparcimiento y presencia de la juventud en el ámbito municipal) y de valores. En ese último aspecto, la juventud *abertzale* aparece como una generación que no ha sido socializada en los valores religiosos, pero que parece haber trasvasado ese fervor al mito de la Euskadi otrora independiente, luego humillada por el yugo español y de nuevo «en marcha» hacia la autodeterminación a través del poder sublimatorio de la «acción» (*ekintza*) y del sacrificio disciplinado por el ideal plasmado en el énfasis dado a la «lucha»

(*burruka*) y a los diversos grados de compromiso respecto del proyecto original del llamado MLNV. Esta variable religiosa nos depara unas cuantas sorpresas, como el acusado alejamiento de los valores e instituciones religiosas no sólo de los jóvenes próximos a Herri Batasuna, sino de los más cercanos a los partidos nacionalistas democráticos, cuya identificación con la Iglesia católica queda muy por debajo, por ejemplo, de la que manifiestan los jóvenes militantes de izquierda de los partidos de ámbito estatal.

El *dossier* se complementa en la sección de ensayos bibliográficos con un breve repaso a la producción científica sobre la cuestión. El balance provisional que se extrae del mismo es la acusada concentración en tres temas: la militancia política juvenil en el período de entreguerras, la política de juventud implementada por el régimen franquista y la rebeldía estudiantil de fines de los años veinte y de las décadas de los cincuenta y sesenta. Evidentemente, las contribuciones recopiladas en este número de *AYER* no pretenden cubrir los vacíos existentes, sino suscitar el interés por la historia social y política de la juventud, a fin de acercar a la historiografía española a los niveles de análisis y de producción alcanzados por las ciencias sociales de nuestro inmediato entorno cultural.